

union con los miembros inmaculados de Jesus, los miembros todos de su cuerpo, juntamente con todos sus movimientos, para que en lo sucesivo no se moviesen sino á la mayor honra y gloria de su Criador. Cuando la Santa presentaba al Altísimo semejante ofrenda, veía salir del Corazon de Dios un riquísimo cinturón de oro, que ceñía su alma para unirla al Señor en indisoluble amor.

Tales son en bosquejo los métodos de Santa Gertrúdis. No recomiendo ninguno de ellos en particular como el más conveniente para nuestro propio aprovechamiento espiritual; lo dejo á la eleccion de cada uno. ¡Qué concepto tan distinto no formaríamos de nuestro Señor amoroso si practicásemos cualquiera de dichos métodos, que fuese de nuestro mayor agrado! ¡Cómo nos apresurariamos entónces á poner á sus divinos piés todos nuestros pensamientos, afectos y deseos! Y semejante espíritu, ¿no nos declara la facilidad asombrosa con que podemos cambiar en perpetuo servicio de amor divino nuestras ocupaciones más estériles y terrenas?

SECCION VI.

Recreaciones y entretenimientos.

2.º Además de las acciones ordinarias de la vida, propias de nuestro estado y profesion, las recreaciones y tiempo libre encierran asimismo riquísimos te-

soros de obras meritorias; así es que podría Jesus estar siempre recogiendo en nuestro corazon una mies abundantísima de gloria y amor. ¡Cuántos en las comunidades no están perdiendo lastimosamente en las recreaciones todo lo que habian ganado con la observancia y oracion; de suerte que casi me atrevería á afirmar que en la vida religiosa se practica la mortificacion con más facilidad y perfección que las mismas recreaciones! El P. Mariano Sozzini, del Oratorio romano, cuenta de uno de los Padres de su tiempo, que siempre que salía del refectorio para el salon de recreo, acostumbraba á pedir á Dios los cuatro frutos del Espíritu Santo, caridad, gozo, paz y paciencia; frutos indispensables para que nuestras recreaciones sean útiles y provechosas. Personas ha habido tan familiarizadas con la práctica del ejercicio de la presencia de Dios, que aún paseando y conversando con otros, repetían con el corazon á cada paso que daban las palabras siguientes: *Por Vos, por Vos: Propter Te, propter Te*; y lo mismo practicaban mientras se servían á la mesa, y á cuantos movimientos ejecutaban durante la comida. Santa María Magdalena de Pázzis enseñaba á sus novicias á ofrecer á la mayor gloria de Dios, si fuese posible, hasta el mismo pestañear de los ojos y los más ligeros movimientos de sus miembros; llegando á asegurarlas que como así lo practicasen irían derechamente al cielo despues de su muerte, sin tener que pasar por las penas del pur-

gatorio. Á fin de arraigar más profundamente esta devocion en sus almas , cuando ménos lo esperaban solia la Santa preguntarla , primero á una , luégo á otra , y así sucesivamente , qué intencion era la suya en la obra que estaban ejecutando. Si alguna no la contestaba al punto , deducia de aquí que había comenzado la obra sin previa intencion , reprendiéndola sériamente por haber desperdiciado esa ocasion de merecer y privado así á Dios de un placer inefable. Refiérese en la *Vida de Gregorio Lopez* , por supuesto como una maravilla , que por espacio de tres años enteros había dicho mentalmente , á cada respiración , las palabras : *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo* : y tan arraigado estaba semejante hábito en su corazon , que si por casualidad despertaba durante la noche , luégo comenzaba á recitar la misma petición. No es posible , ya lo veo , que nosotros practiquemos tales cosas ; pero estos ejemplos nos moverán ciertamente á amar á Dios con más fervor , viendo que ha suscitado individuos capaces de llevarlas á cabo. ¡Gloria y bendiccion á la Beatísima Trinidad por todas las gracias que ha derramado sobre los espíritus angélicos y corazones humanos !

Personas existen que desean entregarse enteramente á Dios , que están sin cesar suspirando por practicar ciertas mortificaciones corporales que leen en las Vidas de los Santos ; pero no gozan de completa salud , ó les falta ánimo para hacer penitencia , ó

bien , como sucede comunmente , carecen de ambas cosas. No tenemos un tratado de perfeccion para los valetudinarios ; y las personas de complexion delicada son , no obstante , capaces de hacer más y ménos que aquéllas que están padeciendo una grave enfermedad , cuyo más y ménos es preciso distinguir y explicar. Respecto á los inválidos , tomada esta expresion en la acepcion moderna , los libros espirituales guardan un silencio casi completo. En el *Tratado Sancta Sophia* , del P. Báker , no deja de encontrarse bastante que hace al caso ; y cuéntase asimismo de San Bernardo que elegía de propósito para sus monasterios los lugares malsanos , porque una salud delicada era en concepto del Santo un poderoso auxiliar para la contemplacion y vida interior. Hoy las afecciones nerviosas , el reumatismo y la educacion afeminada suplen sobreabundantemente la insalubridad de los parajes pantanosos. Pero , ¿se atreverá nadie á sostener que las personas achacosas están incapacitadas para llegar á ser unos Santos , é imposibilitadas para practicar la virtud hasta en un grado heroico ?

Pues en manos está de semejante clase de sujetos el elegir aquellas penitencias que nõ les produzcan un sufrimiento corporal superior á sus débiles fuerzas ni agraven sus dolencias : la escrupulosidad acerca del buen uso del tiempo es á no dudarle una penitencia de este género. Así , pues , prometamos á Dios no malgastar nunca voluntariamente el tiempo en ocupa-

ciones que no nos procuren mérito alguno: que semejante promesa no es ciertamente, como á primera vista aparece, una cosa tan fácil de cumplir en la época actual. No raras veces gravitará sobre nuestros hombros cual pesada carga que embaraza nuestra libertad natural; y al propio tiempo que estamos haciendo una verdadera penitencia, recogeremos frutos muy abundantes para la gloria de Dios, intereses de Jesus y salvacion de las almas. Y dicho empleo del tiempo no se opone á las recreaciones. Bien sabido es de todos lo que se cuenta de San Carlos Borromeo y su juego de ajedrez. Miéntras discurrían sus compañeros sobre la obra que quisieran haber comenzado luego al punto, si supiesen que habian de morir dentro de una hora, el Santo respondió que él por su parte continuaría su juego, puesto que le había comenzado á la mayor gloria de Dios; y ninguna cosa deseaba con tan vivas ansias como ser llamado á juicio, estando ejecutando una accion comenzada á la mayor gloria de Dios. Fácil cosa es el merecer en el juego, porque apenas hay pasatiempo que no esté lleno de oportunidades para la práctica de las virtudes. Tambien es muy posible merecer leyendo una novela insípida (1), con tal que éste sea su único y peor defecto, ya por

(1) Hablo, entiéndase bien, de la *posibilidad* de merecer, y hágoalo así, solamente para ilustrar lo que estoy diciendo. Sentiría en el alma que se me contase entre los patronos de la novela.

tener quizá entónces la obligacion de distraer el ánimo, lo cual únicamente se consigue empleados en una ocupacion amena y llena de interes; ó bien á causa del extraño contraste entre la ficcion de una necia leyenda y aquellas realidades magnificas y sublimes de la religion, que elevan el alma y nos mueven á hacer actos de amor y agradecimiento por el don inefable de la fe.

Pero no es fácil merecer con la ociosidad, con la holgazanería voluntaria y malgastando vanamente el tiempo ocupados en cosas impertinentes y conversaciones frivolas y terrenas. Si, como creemos, está San Carlos gozando en el cielo de un grado más de gloria por su juego de ajedrez, ¿no sería una verdadera calamidad perder tantas oportunidades como se nos ofrecen de merecer y promover los intereses de Jesus?—Para no pocos de nosotros el buen uso del tiempo es el termómetro de la frialdad ó fervor de nuestro amor. Si á un europeo activo é inteligente se le fijase cierto número de horas para la explotacion de una rica mina de oro, en la que no tuviese otra cosa que hacer sino extraer el puro mineral, y fuese entónces alguno á aconsejarle que suspendiese su tarea, ¿no le arrojaría de su presencia como á un malvado? Pues hé aquí cabalmente lo que nos sucede á nosotros con las acciones ordinarias y hasta con las mismas recreaciones de la vida presente. Los primeros trabajos y más penosos los tiene ya hechos nuestro Señor

adorable: obra suya fué la extraccion de las piedras y fango, y no nos queda otra cosa que hacer sino extraer el precioso metal de oro purísimo, y las horas están contadas, y no sabemos cuál será la postrera de nuestra vida. Nunca llegaremos á conocer el inestimable valor del tiempo, hasta que haya desaparecido de nuestra vista, abandonándonos en medio de la eternidad. La eternidad, en efecto, es el único preceptor que nos puede sábiamente instruir acerca del buen uso del tiempo. ¡Dulcísimo Señor nuestro! ¿nos abandonará entónces el tiempo en vuestros brazos. Padre tierno y amoroso?

Santa Gertrúdis manifestó al Señor en cierta ocasion sus deseos de construirle un arca, suplicándole al propio tiempo que tuviese la dignacion de darla el diseño. Nuestro Salvador adorable accedió gustoso á la demanda de su sierva, respondiéndola del modo siguiente: «Es creencia comun entre vosotros que el arca de Noé constaba de tres pisos, que el superior le ocupaban las aves, los hombres el del centro y el piso bajo los animales. Pues bien; toma esta arca por modelo, y distribuye todos tus dias conforme á dicho plano. Desde el amanecer hasta el medio dia, con el más encendido afecto de tu corazon, y en nombre de toda la Iglesia universal, me ofrecerás alabanzas y acciones de gracias por todos los beneficios que he otorgado á los hombres desde la creacion del mundo, singularmente por aquella adorable compasion que

mueve mis entrañas de misericordia á dejarme sacrificar en la santa Misa desde el alba hasta medio dia para salvacion de todo el humano linaje. Miéntas los hombres desdeñan este inefable amor mio, entregándose á los placeres y banquetes mundanales, y olvidándose de mí con la más negra ingratitud, ofrécame tú por ellos continuas alabanzas; y así es como te parecerá estar cogiendo y encerrando los volátiles en el piso superior del arca. Desde el medio dia hasta la tarde, sé celosa en ejercitarte diariamente en buenas obras, uniéndote á aquella purísima intencion mia con que practiqué todas las obras de mi sagrada humanidad; obras que ofrecerás por las negligencias de todo el género humano, y así es como congregarás á los hombres en el piso principal del arca. Últimamente, desde la tarde hasta el anochecer, en la amargura de tu corazon protesta contra la impiedad que cometen los hombres, rehusándome su agradecimiento á mis beneficios, y provocando mi enojo con toda suerte de pecados. Á la vez que te emplees en tan santa ocupacion, ofrecerás para su arrepentimiento las penas y amarguras de mi inocentísima pasion y muerte, y hé aquí un medio ingenioso para reunir los animales dentro del piso bajo del Arca.» Cuando el Señor daba á Gertrúdis semejantes instrucciones acerca del empleo de todo el dia, no ignoraba ciertamente ninguna de las tareas y cuidados de la Santa, y sabía asimismo la obligacion que, por obediencia á

la regla; tenía de recrearse cada día con sus hijas, no ménos que el desempeño de sus deberes como Superiora que era del monasterio.

3.º Otra práctica muy provechosa consiste en hacer de la soledad lo mismo que ejecutais con vuestras ocupaciones ordinarias. Cuando os halleis, pues, solos, ó bien cuando despertéis por la noche, ofreced esta vuestra soledad en union con la que Jesus tuvo en el sepulcro y tabernáculo, para impetrar del Señor así para vosotros como tambien por aquéllos que amais, la gracia de una buena muerte, esta es: 1.º para morir en gracia de Dios; 2.º, para morir con un rico caudal de merecimientos, y de esta suerte poder glorificar más y más al Altísimo en el cielo; 3.º, para partir de este mundo despues de haber recogido frutos abundantes y exquisitos en la salvacion de las almas por quienes Jesus tuvo la dignacion de morir y ser sepultado; 4.º, para acabar la vida sin honra ni reputacion, á imitacion del Salvador, que murió qual un malhechor en medio de dos ladrones; 5.º, para morir sin tener que pasar por el purgatorio; 6.º, dejando en pos de nosotros abundante acopio de satisfacciones que no necesitamos y puedan agregarse al tesoro de la Iglesia; 7.º, para glorificar á Dios en la tierra, áun despues de muertos, con la memoria de nuestras buenas obras, como por los saludables consejos que damos, libros devotos que escribimos y copiosos frutos que recogimos con el auxilio de nuestras oraciones.

4.º Si nos hallamos en estado de gracia, podemos merecer, y no poco ciertamente, con la oblacion de nuestras acciones más comunes é insignificantes. Siempre que uno merece, procura á Dios una gloria muy singular, promueve considerablemente los intereses de Jesus, y colma de innumerables mercedes á las almas de sus hermanos. El medio para adquirir semejantes tesoros con semejantes cosas consiste en elevarnos á Dios por la contemplacion de las criaturas; y no ignorais que esta ha sido una de las prácticas más comunes y queridas de los Santos. Oigamos cómo se expresa Lancisio:—«Salís de casa, dice, y veis que están hablando algunas personas, pedid á Dios que no profieran ninguna palabra ociosa de que tengan un día que dar cuenta. Oís rugir la tempestad, pedid, pues, por los navegantes. Pasais por una taberna, y sentís el ruido de aquéllos que se hallan dentro, rogad por que no ofendan á Dios, ó bien para que vayan luego á confesarse, si han tenido la desgracia de injuriarle. Cuando San Atanasio envió á decir á San Pambo que abandonase el desierto y fuese á Alejandria, viendo el santo Abad en las calles á una actriz lujosamente adornada de galas y aderezos, púsose luego á gemir y sollozar, y preguntándole la causa de su llanto, replicó: *Lloro por la condenacion de esa doncella, y porque no me tomo yo tanto cuidado en agradar á Dios como el que ella se toma por agradar á los mundanos.* Ved aquí cómo

hasta los mismos objetos pecaminosos le servían á este varón venerable de escalones para subir á la consideracion de las verdades divinas. Ois llover, dad por ello gracias á Dios, y desead ofrecerle tantos actos fervorosos de fe, esperanza, caridad, contricion, humildad, adoracion y peticion, como gotas caen, é implorad al propio tiempo el influjo continuo de la gracia en buena medida, llena, colmada y enteramente repleta, para que así vosotros como los demás obreis siempre lo más perfecto y glorifiqueis á Dios de la mejor manera posible.

»Si paseando ó viajando pasais por un pueblo, villa, aldea ó casa de algun potentado: 1.º rogad á Dios, por los méritos de aquéllos que allí habitan, para que tenga misericordia de vosotros; 2.º dadle gracias por todos los beneficios pasados, presentes y venideros que conceda á sus habitantes; 3.º encomendadle todas sus necesidades, y suplicad oiga las oraciones que le dirijan; 4.º condoleos de todos los pecados cometidos en semejantes parajes; 5.º pedid el perdon de todos ellos; 6.º encomendad á Dios las almas de los que allí han muerto. Surio refiere en la vida de San Fulgencio, que cuando fué á Roma este siervo de Dios, luego que vió los palacios de la nobleza, exclamó asombrado: «¡Cuán magnífica no debe ser la Jerusalem celestial, pues tan hermosa es la Roma de la tierra! Si en el mundo se tributan semejantes honores á aquellos que aman la vanidad, ¡qué gloria no gozarán los

Santos que ahora están contemplando la Verdad increada!» De San Martin de Tours se cuenta asimismo que visitando su diócesis, quedó profundamente afectado, al ver la sagacidad con que los cuervos marinos hacian su presa: sagacidad que le representaba muy al vivo la astucia de que se vale el demonio para cazar á las almas. Dícenos San Buenaventura que el seráfico Patriarca hacia un grandísimo aprecio de semejante práctica, y Rivadeneira afirma lo mismo de San Ignacio: «*Vimosle, escribe, con frecuencia, por la contemplacion de las cosas más pequeñas, elevarse á Dios, que es poderoso en todas sus obras. La vista de una florecita, una sola hoja, un gusano, el más pequeño insecto, le elevaban en un instante sobre los cielos.*

Monseñor Strambi refiere del Beato Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas, lo que á continuacion vamos á copiar (1):—Recompensaba el Señor las santas intenciones y deseos de su siervo con inefables consuelos espirituales; y en sus viajes para hacer la visita de las casas de la Orden alimentaba su espíritu con el dulce manjar del recogimiento. Yendo un dia al Retiro de San Eutizio, volvióse hacia su compañero y le dijo:—«¿De quien son estas tierras?» Su compañero le replicó:—De Gallese. Pero Pablo, alzando más la voz, le volvió á preguntar:—«Te digo que de

(1) Vita, pág. 137.

quién son estas tierras?» No comprendiendo el compañero el objeto de su pregunta, despues de haber dado algunos pasos, volvióse á él otra vez el siervo de Dios, y con rostro resplandeciente como el sol, exclamó:—«¿De quién son estas tierras? ¡Ay! no me comprendes! ¡Son del Dios omnipotente!» Apénas acabó de pronunciar las últimas palabras, levantándole en alto la impetuosidad de su amor, le llevó á una corta distancia del camino. Iba en otra ocasion de Terracina á Ceccano, atravesando el bosque de Fossanova; y despues de haber visitado el monasterio en que murió Santo Tomás de Aquino, internándose en lo más espeso, comenzó á dar grandes voces á su compañero:—«¿No oyes cómo estos árboles y hojas nos están gritando: *Amad á Dios, Amad á Dios?*» En seguida, encendiéndose más y más en la llama del divino amor, empezó su rostro á despedir rayos de vivísima luz, y prosiguió exclamando:—«¡Cómo no amas á Dios! ¡Cómo no amas á Dios!» Volvieron luego á tomar el camino de Roma, y decía á todos cuantos encontraba:—«Hermano mio, ¡ama á Dios! ¡ama á Dios, que bien se lo merece! Pues qué, ¿no oyes cómo hasta las hojas de los árboles nos están predicando á grandes voces que amemos á Dios? ¡Oh amor divino, amor divino!» Hablaba con tal unción, que movía á los pasajeros á derramar copiosas lágrimas de ternura. Del mismo Beato Pablo se refiere en otro lugar, que todo le servía de ingenioso memorial

que le recordase á Dios, imaginándose que todas las criaturas pedían á los hombres á grandes voces el amor por su Hacedor. No raras veces se le vió, paseando por el campo, especialmente en la primavera, quedarse como arrobado á la vista de las flores, habiéndose observado que acostumbraba asimismo á tocarlas con su báculo, apostrofándolas con estas palabras: «¡Callad, florecitas, callad!» Solía decir á sus religiosos que las flores nos estaban incesantemente convidando á amar y reverenciar á su celestial Criador y Señor.

Como son tan varios los gustos acerca de la devoción, habrán de permitirme mis lectores el siguiente extracto de la Vida de Pedro Fabre, compañero de San Ignacio, escrita por Orlandini. Distinguíase particularmente aquel siervo de Dios por el don singular de cambiar todas las cosas en oración. Luego que se acercaba á alguna ciudad ó aldea, lo primero que hacía era rogar por sus moradores, é implorar la divina Misericordia para que el Angel del lugar y Angeles custodios de sus habitantes llenasen cumplidamente sus funciones de ampararlos con exquisita vigilancia. Invocaba asimismo á los Santos patronos de la villa, suplicándoles tuviesen la dignación de rendir gracias, pedir perdon, impetrar mercedes y suplir, en fin, todas las negligencias y omisiones de sus patrocinados, á fin de que no fuese defraudada en un ápice la gloria de Dios nuestro Señor. Cuando tomaba en

arriendo una nueva casa, ó mudaba de posada, tenía también la costumbre, al entrar por primera vez en ella, de arrodillarse en todas las habitaciones, rincones y alacenas que le fuese posible, rogando al Señor ahullentase de allí los espíritus malignos y toda especie de peligros y desgracias; en cuya oracion tenía presentes á todos aquellos que la hubiesen habitado, ó pudiesen habitarla en lo sucesivo, suplicando á Dios encarecidamente que no les sobreviniese ningun mal á sus propias almas. Era tal su solicitud por buscar materiales para la oracion, que yendo un dia á oír un sermón á la capilla del palacio de cierto príncipe, y habiéndole sido negada la entrada por un portero que no le conocía, Fabre no vió en semejante bochorno más que nuevos materiales para su oracion. Pero ¿qué extraño es que estando bueno tomase tan á pechos la oracion, cuando era sumamente asiduo á ella, mientras se hallaba enfermo? La dolencia que padeció en Lovaina, y las penosas vigiliass que tuvo entónces que sufrir, sólo le sirvieron para proveerse de abundantes materiales para la oracion. Cuando apenas podía soportar la vehemencia del dolor de cabeza, poníase á meditar sobre la corona de espinas de nuestro Redentor, llegando á inflamarse tanto en el divino amor, que se deshacía en dulces lágrimas. Este constante anhelo por la oracion abastecía y enriquecía á su espíritu con abundante variedad de devociones. La vida de nuestro Señor Jesucris-

to era ciertamente el alimento cotidiano de su contemplacion, porque ¿dónde ha de poder hallar el alma manjares más abundantes y exquisitos? Sin embargo, para apacentar su piedad, inventó diferentes métodos de oracion que le sugirieron, ora la enseñanza y lectura atenta, ora el impulso é inspiracion del Espíritu Santo; y de entre esos métodos, tres especialmente le parecieron tan útiles y gustosos, y al mismo tiempo tan fáciles de practicar, que no raras veces aconsejaba á los confesores que procurasen instruir en ellos á sus penitentes.

En primer lugar, profesaba una grande devocion á las letanias, rezándolas constantemente y ofreciéndolas por toda suerte de acontecimientos. Y se valia de ellas no sólo para pedir beneficios, objeto ordinario de semejantes preces, sino también para actos de alabanzas, acciones de gracias, congratulaciones y otros ejercicios de la virtud de la religion. Una de sus prácticas consistía en penetrar en espíritu dentro de la corte celestial, y allí postrado ante el trono de la Santísima Trinidad, suplicaba reverentemente al Padre que se deleitase en el Hijo y Espíritu Santo, el Hijo en el Padre, y el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo; con cuyo ejercicio expresaba la congratulacion mútua de la Trinidad, llamada en las escuelas complacencia recíproca. Luégo pedía á la Reina del cielo tuviese la dignacion de adorar en su nombre, ó en el de algun hermano suyo vivo ó difunto, á la Bea-

tísima y Augusta Trinidad; suplicando en seguida á las tres Divinas Personas glorificasen á su vez á nuestra Señora por todos los dones y mercedes que por mediacion suya envían á la tierra. Uníase despues á cada uno de los coros de Angeles y órdenes de bienaventurados, rogándoles se sirviesen en su nombre alabar y rendir gracias á Dios, á la Virgen, á los Angeles y Santos de su particular devocion.

Su segundo método de oracion consistía en recorrer todos los misterios de la vida y muerte de nuestro Señor, procurando acomodarlos con maravilloso artificio al tiempo y circunstancias, é implorar luego con cada uno de ellos en particular el auxilio de las personas de la Beatísima Trinidad y valimiento de los habitantes del cielo.

Formaba su tercero y último método de oracion con los preceptos de Dios y la Iglesia, enseñanzas de la fe, siete vicios capitales con sus siete virtudes opuestas, cinco sentidos del cuerpo y tres facultades del alma. Esta misma variedad de objetos le sugería diversos afectos de peticion, accion de gracias, etc. para sí y sus hermanos vivos ó difuntos, rogando á Dios tuviese la dignacion de condonarles todo cuanto pudiesen deberle por faltas contra los mandamientos, obras de misericordia, reato de culpas cometidas con los cinco sentidos del cuerpo y tres facultades del alma.

SECCION VII.

Variedad en la devocion.

Estos tres métodos de oracion le fueron á Fabre muy familiares. Ni debemos pasar en silencio los grandes recursos que le proporcionaron sus no escasos conocimientos acerca de la doctrina cristiana, como expresamente lo atestigua Orlandini. Dió asimismo con un libro de Santa Gertrúdis, del cual, segun él mismo confiesa, sacó abundantes materiales para la oracion, que llegaron á aprovecharle grandemente. La sucesion de las festividades eclesiásticas proveyéronle tambien de una maravillosa variedad de devociones. Esta variedad y sucesion de devociones excitaban tan fuertemente su apetito hácia el delicioso banquete de la oracion, que jamás, durante toda su vida, asistió á ningun acto religioso, fuese meditacion, Misa, exámen etc. por hábito y costumbre, ó simplemente por cumplir con la regla; sino que acudía diariamente á sus devociones más habituales por sendas nuevas y amenas, igualmente que el Beato Pablo de la Cruz, quien, como él mismo afirma, no se acordaba de haber dicho jamas una sola Misa por mera costumbre: cosa, por cierto, que pocos sacerdotes ancianos podrian asegurar de sí mismos.

Almas existen muy amadas de Dios á quienes